

Nº 49
6 Marzo
1927

PÁGINAS
DE
EXTRAORDINARIAS
El Día Gráfico.



Los grandes cuadros
de los
Museos Españoles
"El entierro de la sardina"
cuadro de Goya - Real
Academia de San Fernando



Paisajes catalanes
Vall de Arco
cerca de Tírechon

(H. M. G. M.)

La novela del domingo

Le ví perfectamente cuando se cruzó con nosotros. Iba con ese aire distraído del hombre insignificante que anda las calles por recurso, porque no tiene nada que hacer ni adónde ir. Al pasar, nos miró de soslayo y siguió. Le observé de reojo y le ví dar unos pasos en falso por su camino y luego, de súbito, volverse girando sobre sus talones y caminar de nuevo a nuestro alcance. Pasó de largo, pero fijándose mucho en mi mujer y apenas habría recorrido unos diez metros delante de nosotros se volvió otra vez, y nos aguardó mirando ya de frente y con todo descaro. A una distancia de dos pasos se precipitó sobre mi mujer con los brazos extendidos, y gritó:

—¡Adelina!

Ella se agarró, asustada, a mi brazo y se quedó mirándole con espanto; tenía la cara blanca y los labios amarillos bajo el jugo de rosas. El tipo aquel, un poco desconcertado al ver que mi mujer no le reconocía, se volvió hacia mí farfullando unas excusas: —Usted perdone, señor mío. Supongo será usted el... el marido ¿no? de Adelina. No la veía hace mucho tiempo y... Pero me extraña que no me reconozca. No creo... haberme confundido ¡verdad, Adelina!

—Sí, señor, sí; se ha confundido usted. Esta señora es, efectivamente, mi esposa, pero no se llama Adelina—le dije amablemente, para sacarle de la enojosa situación en que su error le había puesto. Se quedó mirándonos alternativamente, como hombre perplejo que no se explica lo que le sucede.

—¿Es posible?—balbuceó, al fin.

—Absolutamente posible. Parece usted una confusión; esto no tiene nada de extraordinario. Parecía insistir y aquella tozudez ya me molestó.

—Ea; déjenos en paz—le dije, apartándole de nuestro camino y tirando de mi mujer, que se apretaba, temblorosa, contra mí.

—Ustedes dispensen—dijo, al fin, sin moverse un milímetro y como hipnotizado por mi mujer, a la que seguía mirando con un descaro francamente provocativo.

Echamos a andar dejándole estupefacto y creí que habría temido tiempo de reflexionar y volver de su error cuando le oí gritar a nuestras espaldas, con el acento desgarrado de un naufrago que ve alejarse la única posibilidad de auxilio:

—¡Adelina!

—Mi mujer hizo un ademán automático de volverse, pero reaccionó y siguió marchando, nerviosa, descompasada, llevándose casi a rastras. El hombrecillo aquel se quedó clavado como una estatua en el borde de la acera viendo como nos perdíamos en el bullicio del bulevar.

Aún no habíamos llegado a casa cuando ya estaba arrepentido de no haber entrado en explicaciones con aquel extraño sujeto. Era indudable que se trataba de una confusión; pero ¿por qué había puesto el tipo aquel tanta confianza en que mi mujer era su Adelina? ¿Por qué ella se puso a vivir al principio y luego quiso huir como si la amenazase algún grave peligro? Intenté desecher estas aprensiones, pero volvían a mí con fuerza irresistible. ¡Ponia aquel sujeto tanta convicción en que mi mujer era su Adelina! ¿Y quién sería esa Adelina? Una mujercita cualquiera, de esas que andan a la deriva por las ciudades. El, cuando nos vió, se quedó sorprendido y vacilante, pero fué tanto su interés por ella, que se decidió a arrostrar el peligro de cometer una incorrección diri-



giéndose familiarmente a una mujer que iba del brazo de un hombre, seguramente su marido. No; él no supuso que yo era su marido, sino su amante. Su Adelina era, desde luego, una mujercita de las más asequibles. ¡Y el muy majadero la había identificado con mi mujer! ¡Qué absurdo!

Lo que más me apesadumbraba era no haberle sacado completamente de su error a aquel sujeto. Tuve la sospecha de que seguía creyendo que mi mujer era su antigua amiga y me sentí molesto. Ese idiota—pensé—ha supuesto que su Adelina, es decir, mi mujer, no ha querido reconocerle por no verse en la precisión de revelarme algún pasaje enojoso de su vida. ¿Qué pasaje puede ser ese? La verdad es que yo sé bien poco de la vida de mi mujer anterior a nuestro matrimonio. La conocí hace dos años; le hice el amor seis meses y nos casamos. Estaba empleada en las oficinas de una gran empresa industrial; conocía la contabilidad y el inglés y ganaba un buen sueldo. Me dijo que sus padres habían muerto hacía años; que al verse huérfana se fué a vivir con unos tíos suyos que traficaban con géneros españoles en Liverpool; que cuando se cansó de Inglaterra volvió a España a vivir con otros parientes lejanos por el anhelo de estar en su patria; le había gustado siempre ser independiente, y... nada más.

Era absurdo pensarlo, pero no había ningún obstáculo para que mi mujer no fuese aquella Adelina cuyo encuentro tanto había alegrado al hombrecillo del bulevar. En las mujeres todo es posible...

Me di cuenta de que estaba desbarrando; sacudí aquellas estúpidas lucubraciones, apagué la luz y me metí en la cama. Tuve la debilidad, antes de dormirme, de gritar con sordina al oído de mi mujer, ya dormida:

—¡Adelina!

¿Qué hubiera sido de mí si ella contestara?

No quise preocuparme más por aquel encuentro, pero sin llegar a formularme ninguna suposición concreta, sin atreverme siquiera a pensar declaradamente en ello, sentía dentro de mí como un gusanillo que anduviese carcomiéndome y más de una vez me sorprendí yéndome, sin querer, tras los pasos de algún transeunte que tenía el mismo aire distraído e insignificante del enamorado de Adelina. Aquello era insensato, pero estaba por encima de mí. Llegué a anhelar un nuevo encuentro con aquel tipejo. No podía vivir tranquilo sin aclararlo todo, pero no me atrevía a revelar mis dudas impertinentes a mi mujer; me avergonzaba de ellas. En vez de ir por el camino dere-



cho, empecé a retorcerme y complicarme; quería adivinar, a todo trance, el pasado de mi mujer y, para conseguirlo, la envolvía en conversaciones capciosas, le espetaba preguntas inauditas sobre su vida anterior y le exigía relatos detallados de su adolescencia, referencias de sus amistades y pelos y señales de sus parientes, todo lo cual iba yo después, sigilosamente, a verificarlo, ansioso de cogerla en una contradicción. Aquellos celos retrospectivos, de cuya espantosa ridiculez no había dejado ni por un momento de darme cuenta, me traían destrozado. Como es natural, esta táctica sinuosa provocaba frecuentes altercados entre mi mujer, que no se explicaba mi actitud, y yo.

Finalmente, viendo que por este medio no llegaba a ninguna conclusión, me dediqué por entero a la captura del tipo aquel que la había confundido con su Adelina. Pasé cien veces por el mismo lugar del encuentro y a la misma hora; recorrí, hurgando, todo el barrio y, finalmente, puse un anuncio por palabras en los periódicos que decía: «Adelina. Tuve que hacer como que no te conocía porque iba con mi marido. Acude a tal sitio».

Esperé días y días inútilmente. Ya pensaba que tendría aquella duda eternamente, enconada, cuando una tarde dí con el sujeto que me había procurado la infelicidad. Le divisé a lo lejos y le reconocí a la primera ojeada. A quinientos metros le hubiese reconocido entre mil personas. Le tenía bien presente. Por eso le ví,

Eché a correr tras él y cuando le tuve a mi alcance le abordé:

—Caballero...—me quitó el sombrero y me quedé ante él jadeante y turbado. No me reconoció y, con las manos metidas en los bolsillos de su gabancito ridículo, me estuvo mirando compasivamente.

—¿No me recuerda usted?

—No, no caigo...

—Usted nos detuvo el otro día; a mi mujer y a mí; íbamos por esta misma calle; usted la llamaba Adelina...

Al decir esto el hombre dió un brinco y ví brillar, alegres, sus ojos.

—¡Ah! ¿Usted es el hombre que iba el otro día con Adelina? Perdóneme, no pude fijarme en usted.

—Yo sí; le he estado buscando sin descanso.

—Y yo a usted; mejor dicho, a ella. ¿Me buscaba usted? ¿Se lo había pedido Adelina, verdad?—y al decirme esto me sujetó el brazo con una fuerza muy superior a la que yo sospechaba en hombrecillo tan desmedrado como él. Le sacudí malhumorado y le dije:

—No; a ella no le interesa usted nada. Soy yo quien le buscaba, porque me pareció que el otro día no había quedado usted muy satisfecho...

—Claro; ella no quiso reconocerme...

—¿Cómo iba a reconocerle si su Adelina no tiene nada que ver con la mujer que iba de mi brazo? Ya sabía yo que continuaba usted obcecado y, para deshacer la confusión, deseaba encontrarle.

—Mi interlocutor vaciló un momento, pero se rehizo en seguida, y repuso:

—¿Y cómo sabe usted que aquella mujer no es Adelina?

—Porque es mi mujer.

—Puede usted haberse casado con Adelina. Yo la conocí bajo este nombre; puede que no sea el suyo verdadero. Al casarse con usted habrá tenido que usar el nombre y apellido propios.

—Pero ¿insiste usted?

—Perdóneme, señor mío, que insista. Es posible que haya dos personas idénticas en su aspecto físico. Yo admitiría la confusión en este aspecto. En lo que no hay dos personas idénticas es en la expresión, en la gracia, en esa cosa ondulante, inaprensible, que forma la manifestación externa de la espiritualidad de un ser. La que iba del brazo de usted es mi Adelina o yo estoy loco. Vamos a ver cuánto tiempo hace que usted está casado con ella?

—Año y medio.

—¿La conocía usted antes?

—No.

—¿Pues es Adelina!

—¡Basta!—le dije—le ruego venga por mi casa, me interesa aclarar esto.

—No sé si debo ir—dijo el hombrecillo como reflexionando—. Ya he sido un insensato al revelarle que conozco a su esposa; tal vez ella ha querido tener secreto su pasado y yo estoy cometiendo una felonía...

—De ninguna manera. Además, esa sola sospecha me fuerza a llevarle ante su presencia.

Todavía porfió un poco queriendo rehuir. Pero su afán por volver a ver a su Adelina era tal, que se le veía dispuesto a atropellarlo todo. Le hice dejarme su nombre y su dirección; le dí la mía y le invité a tomar el té en mi casa al día siguiente.

—Mañana—dije a mi mujer, cuando volví a casa—tenemos un amigo convidado a tomar el té.

—¿Quién es?

—Un viejo amigo tuyo, del que yo no tenía noticia—le dije.

—¿Amigo mío? No sé.

—Ya le verá.

—Es raro. De casi todas las personas con quienes he tratado en mi vida tienes alguna referencia.

—Pues ya ves; había alguno de quien no he sabido nada hasta ahora.

Mi mujer se quedó suspensa ante este exabrupto y no contestó, creo que por desdén. Me dirigí una mirada compasiva y se marchó. Yo me quedé paseando por la habitación con las manos en los bolsillos, furioso conmigo mismo y con mi mujer.

Dormí poco y sólo al amanecer. Toda la noche estuve imaginando posibles desenlaces a la entrevista que había preparado para el día siguiente. ¿Cuál sería la actitud de ella? ¿Y él? Seguramente se traicionarían. El era un insensato que estaba loco por la que él llamaba su Adelina y haría todas las insensateces imaginables con tal de conseguirla. Me tracé el plan de la entrevista como un juez que prepara un cargo.

Ya, al oscurecer, me instalé en el salón frente a mi mujer. Dí una luz discreta a la pieza, corrí cuidadosamente las cortinas y mandé preparar el servicio de té, todo ello con la escrupulosidad de un actor que cela el buen éxito de una escena culminante.

El invitado acudió puntualmente. Le sentí llamar a la puerta, preguntar a la criada y dejar el gabán en el perchero. Salí a recibirle y le hice entrar en el salón. Sosteniendo aún la cortina, me quedé entre él y mi mujer, espionando.

—Elisa, mi amigo Javier Robles, que, según creo, fué amigo tuyo hace algún tiempo y deseaba saludarte... Mi esposa.

Ella le miró, sosegadamente, a la cara y le tendió la mano. El balbuceó unos cumplimientos y besó la mano que mi esposa le tendía.

—Mi marido me ha hablado de usted. ¿Y dice que me conoció hace ya tiempo? Es raro; no recuerdo...

—Seguramente ha sido una confusión. Se parece usted extraordinariamente a una mujer a la que no creí confundir con otra alguna. Es maravillosa la semejanza.

—¿Quién sabe si soy yo misma? Tal vez yo no recuerde...

—No; si fuese usted la mujer con quien la he confundido no se habría olvidado de mí tan radicalmente.

—¿Tenía alguna relación familiar con usted? ¿Era, acaso, su amada?

—Es una desagradable historia que prefiero no contar.

—Perdóneme usted por mi indiscreción. Sólo quisiera, porque aún no estoy segura de no ser yo

esa misma mujer—dijo Elisa mirándome tan significativamente a los ojos, que yo no tuve más remedio que bajar la mirada—, saber en qué circunstancias conoció usted a la que tanto se me parece. ¿Fue aquí?

—Sí, aquí mismo. Ella había perdido a sus padres y vivía con unos parientes. Yo estudiaba entonces mi carrera...

Aunque antes dijo que le era enojoso recordar aquello, nuestro huésped cogió el hilo de su relato y estuvo durante más de una hora contándonos la historia de los amores, perfectamente estudiados, de un estudiante, que era él, con una muchacha de conducta equívoca que le encalabró y le tuvo entretenido, para desaparecer repentinamente luego, dejándole olvidado a solas con su furiosa pasión, mientras ella se iba acaso tras unas falaces ilusiones de bienestar.

E pie, con todas las potencias de mi alma, el rostro de mi mujer y el del hombrecillo durante aquella hora. El, llevaba algunas veces a entusiasmarse tanto, que se acercaba a Elisa y le hablaba como si realmente estuviese en presencia de su antigua amiga. Sobre todo cuando se lamentaba de aquella súbita desaparición, y pedía a toda costa explicaciones del misterioso abandono, que él no había sabido darse nunca, parecía como si realmente quisiera pedirselas a mi mujer. Ella no perdía ni por un momento la serenidad y, cuando más delirante estaba el hombrecillo increpándolo, le distanciaba con un frío «Es curioso». ¿Qué clase de mujer sería esa?

Ante estas interrupciones, él parecía quedar anonadado. Volvía a tomar su relato penosamente, con el tono prudente con que debía contar todo aquello a unos extraños, pero no tardaba en exaltarse de nuevo. Automáticamente, mi mujer le desconcertaba con una interrupción banal, que patentizase lo extraño que aquel asunto le era.

Cuando nuestro visitante se puso en pie para despedirse, yo no había averiguado nada. Las circunstancias que rodeaban a la desaparecida amiga de aquel tipo, eran exactamente las mismas circunstancias de vida de mi esposa antes de marcharse a Inglaterra. No había ningún obstáculo para que fuese ella misma. ¿Lo sería? Hora y media larga de careo no me había revelado nada.

Mi mujer no se había desconcertado lo más mínimo. Conservó en todo momento su serenidad. Pero esta misma serenidad me pareció excesiva y sospechosa. Si ella no tuviese algo que temer no habría puesto sus cinco sentidos en manerarse dentro de una fría reserva—pensé.

Iba ya el hombrecillo a despedirse cuando, temiendo perderle de nuevo y que siguiese ateneceándose la duda, le dije:

—Ya que de tan pintoresca manera hemos entablado amistad, será necesario que volvamos a vernos. Venga usted el viernes próximo a cenar.

—¡Oh, con mucho gusto!
—Le esperamos—reiteró Elisa.
—Vendré; si no soy molesto, vendré.

—Gracias.
Me estrechó la mano y partió. Cuando volví de acompañarle hasta el pasillo, Elisa me dijo, con tonillo zumbón:

—¿Qué? ¿No estás convencido todavía?

—¿Convencido? ¿De qué?—dije, haciéndome el desentendido.

—De que ese tipejo no ha sido nunca mi amigo. ¿No era eso lo que creías?

—No; decir esto es una imperpetencia tuya.

—¿Y no has pensado que imaginarlo era en tí una impertinencia mayor?

—Basta. Seré todo lo impertinente que quieras, pero no puedo remediarlo. Todo me da derecho a dudar; las circunstancias de la vida de esa muchacha que fué amada de este individuo son las mismas circunstancias de tu

vida de soltera; te pareces a ella de tal modo, que no ha habido detalle merced al cual este individuo salga de su error. ¿Quién me garantiza que no eras tú la que andabas corriendo con ese estúpido estudiantillo?

—¿Quién te lo garantiza? Yo. ¿No te fías de mí?

—Sí; no tengo más remedio que fiarme.

—Puedes creer lo que se te antoje.

—Creeré siempre lo que deba. Y lo que creo ahora, lo que tengo que creer a la fuerza, a pesar de tu extraordinaria habilidad y de tu presencia de ánimo, excesiva para ser cierta, es que acaso este hombre no esté equivocado, como quieres hacerle ver.

—Haz entonces lo que gustes. Y me volvió la espalda.

Tenía ratos en los que me asqueaba la situación a que había llegado frente a mi mujer. Si realmente ella no mentía, debía sentir por mí un profundo desdén. Pero ¿y si mentía?

Después de mucho madurarlo adopté un plan. Consistía en no volver a abordar el asunto con mi mujer. Darle por satisfecho; pedirle perdón por mis impertinentes dudas y fiar al tiempo la solución del enigma. Desde luego pensaba seguir cultivando la amistad de aquel sujeto y confrontándolo disimuladamente con Elisa.

La noche que cenó con nosotros lo estuve careando hábilmente durante dos horas con mi cónyuge. Tampoco saqué nada en limpio de este careo.

No desistí, y, al final de la comida tramé otra entrevista como surgida al azar de la conversación. Esta vez fuimos a cenar, mi esposa, él y yo, a un comedorcito reservado de un restaurant elegante. Durante la comida urdí unas mentiras que me permitieron ausentarme con un pretexto de negocio urgente y dejé a mi esposa y al tipo aquel encerrados en el reservado.

Una buena propina me valió un observatorio, desde el cual pude acechar lo que pasó entre ambos.

Cuando se quedaron a solas estuvieron un poco desconcertados los primeros minutos. Luego Elisa le dijo, bromeando:

—Vamos a ver, amiguito ¿está usted convencido o no de que yo no soy su Adelina?

—Poco a poco voy convenciéndome de ello, pero sólo por su actitud para conmigo, por sus palabras, por el despego con que me trata. Si en vez de encontrar en usted la amabilidad y la cortesía con que me trata hubiese hallado un poco de pasión, amor u odio, me sería igual, seguiría creyendo que era usted mi Adelina. Pero esa glacial indiferencia de usted destruye mi ilusión que al verla me forjó. Es un parecido maravilloso; más que en lo físico, en lo espiritual. El recuerdo de una cara conocida puede alterarse hasta el extremo de confundirla con otra; la imagen espiritual de una persona no se desvirtúa tan fácilmente.

—Es curioso; lo mismo que a usted le ocurre a mi marido. Cree firmemente que yo soy su antigua amiga. Y está celoso.

—Soy un idiota, señora; ahora me doy cuenta del porqué su marido me hace relacionarme con usted. Nos está espiando ¿no es eso?

—Así es, por desgracia para mí. Y lo más terrible es que no veo el modo de sacarle de sus dudas. Haga lo que haga siempre le parecerá sospechoso.

—Es curioso; lo mismo que a usted le ocurre a mi marido. Cree firmemente que yo soy su antigua amiga. Y está celoso.

—Soy un idiota, señora; ahora me doy cuenta del porqué su marido me hace relacionarme con usted. Nos está espiando ¿no es eso?

—Así es, por desgracia para mí. Y lo más terrible es que no veo el modo de sacarle de sus dudas. Haga lo que haga siempre le parecerá sospechoso.

—Yo puedo decirle...

—Es inútil; creerá que estamos entendidos y que usted disimula.

—¿Qué hacer, entonces?

—Nada; dejar correr el tiempo. Seguir tratándonos como hasta aquí. El continuará mortificado por sus dudas y ninguna actitud nuestra se las arrancará de momento, pero a la larga, cuando vea que nos comunicamos un día y otro, siempre con la misma indiferencia, con una inalterable frialdad y un absoluto desinte-

rés el uno para el otro, se desengañará al fin.

—Realmente, es usted una mujer admirable. Pensándolo despacio es la única solución. Sólo conociéndola a usted íntimamente descubro algunos rasgos espirituales distintos de los de Adelina. No tenía ella el talento que usted muestra, señora.

—¡Oh, muchas gracias! No haga traición a la memoria de su ideal amor por el deber de ser galante conmigo.

—Después de haberla confundido a usted con Adelina, la única mujer que he amado, son ociosas todas las galanterías; solamente con esa confusión he rendido a usted el máximo tributo de admiración de que soy capaz.

—Cuidado, amiguito, va usted a sobrepasarlo.

Desde mi escondite había escuchado esta conversación y me quedé tan confuso, tan avergonzado y furioso contra mí, que no sabía ya cómo deshacer la situación enojosa en que mi duda impertinente me había puesto.

Si ahora entro, pensé, y confieso que he salido de mi error, confirmo las suposiciones de mi mujer y quedo, efectivamente, en el desairado papel que se me asigna. Es demasiado humillante.

Después de muchas vacilaciones decidí no darme por enterado de nada. Continuar como hasta allí, demostrar a mi esposa ante aquel pobre hombre que no sentía celos de ninguna clase, y si era posible, desvirtuar la impresión de haberlos tenido que pude dar. Era realmente mortificante que mi esposa para ser creída por mí tuviese que recurrir a aquella farsa en complicidad con un extraño. Me rebajaba esto de tal manera ante mis propios ojos, que no quise dejar que prosperase el supuesto con una confesión paladina como en conciencia debía hacer.

No; hay que demostrar que los celos que me atribuyen son una suposición de ella y que yo sigo siendo el hombre que tiene fe en su mujer. Hay que dejarles hacer su juego hasta que se convengan de que es innecesario. La única manera de rehabilitarme es la de hacer ver a mi mujer que se ha pasado de lista, que ha querido buscar remedio a un mal que no existía más que en su imaginación. No estoy celoso; no lo he estado nunca; vamos a demostrarlo. De otro modo, mi posición sería francamente ridícula.

Y una vez terminado este propósito hice como que volvía de la calle una vez terminado mi súbito quehacer y me puse a charlar alegremente con mi mujer y mi amigo.

Cuando nos despedimos, fué ella quien le invitó para que nos reuniésemos otro día. Yo reiteré la invitación, pero sin insistencia, como por cumplir.

Aquel buen hombre cumplía escrupulosamente la tarea que se había impuesto de seguir el juego a mi mujer. Acudía a casa con frecuencia o nos invitaba a excursiones en su compañía y en todo momento se mostraba cortés y satisfecho a nuestro lado—es decir, al lado de Elisa—, pero nada más. Ella seguía también su táctica de no rehuir la presencia de aquel tipo, aunque tampoco la deseara y yo, por mi parte, le trataba cada vez con mayor intimidad, procurando siempre mostrarme desenfadado, liberal, limpio de preocupaciones y recelos. Los tres íbamos consiguiendo fielmente nuestro propósito.

Yo temía no haber desvanecido en mi mujer la creencia de que estaba celoso que tanto me avergonzaba y procuraba a todo trance demostrar mi absoluta confianza en ella y en nuestro amigo. Llegué a considerar como un absurdo que aquel tipo y mi mujer pudieran tener alguna relación afectiva.

El trato continuo estableció entre mi esposa y Javier una gran familiaridad. El, aparte su propósito deliberado de contribuir a que desapareciesen mis

ocultos celos, iba por casa casi a diario porque hallaba siempre una buena acogida en mí y porque había encontrado en Elisa una confidente para sus tristezas. ¡Pobre diablo! Su vida no podía ser más triste. Vivía modestamente de lo que le rentaban algunas finquitas heredadas, anclada en una casa de huéspedes, sucia y fría. Era endeble, feo y falto de voluntad. Perdida la ilusión de su vida—aquella remota Adelina—andaba por el mundo difuminado, diluido en multitud, sin grandes apetitos, sin anhelos, esperando sencillamente a morirse cualquier día de una de esas enfermedades sin importancia de las que se mueren en su alcoba, sin que nadie se dé cuenta, los huéspedes demasiado recalcitrantes.

A Elisa le daba lástima aquel pobre diablo que se había quedado al margen y procuraba aliviar algo el abandono en que estaba, demostrándole un poco de afecto, interesándose por sus cosas, alentándole.

El, que era más inteligente de lo que parecía, procuraba divertirse con el espectáculo de la tragicomedia de su existencia. Contaba a Elisa, con un humorismo alquitarado y lleno de recovecos, sus fracasos sentimentales, sus piruetas, sus posturas absurdas ante los acontecimientos. Según decía, estaba dotado de una virtud maravillosa; la de hacerse invisible. Y era verdad; su insignificancia era tal que la gente no le veía; estaba tan difuminado, tan borroso, que nadie reparaba en él. Se había dado cuenta de esto y se aprovechaba de ello para gastar bromas inocentes que le divertían mucho.

Llegué a verle en mi casa como a un objeto más del menaje; tenía, efectivamente, menos personalidad que cualquiera de aquellas figurillas de moda con que mi mujer adornaba las rinconeras y las etageres.

Me alegraba incluso de haber topado con él; su amistad era una buena diversión para Elisa y había llegado a parecerme absurdo que tal hombre pudiera despertar interés amoroso, no ya en mi mujer, en la hembra más deseosa de varón y más contentadiza del mundo. Me explicaba cómo aquella Adelina que fué la causa de que nos conociéramos, le había abandonado con tanto desenfado. Para las mujeres, que olvidan a los hombres como desechan los trajes pasados de moda, arrinconar a aquel sujeto tan arrinconado de por sí, debía ser una cosa casi involuntaria e imperceptible.

Jamás ningún marido ha tenido noticia súbita y sorprendente de su infelicidad. El engaño se anuncia fatalmente por medio de una difusa sensación de malestar que invade al pecito. Yo tuve esa sensación netamente, pero la rechacé haciendo un poderoso esfuerzo de voluntad. Estaba dispuesto a no seguirme poniendo en ridículo con mis absurdos celos que en tan desairada situación me colocaron ante mi esposa y aquel sujeto. Por eso resistí heroicamente al aguijón de aquellos claros indicios que me decían que ella me engañaba.

¿Qué sobrehumano esfuerzo de voluntad tuve que hacer para desestimar esas señales inequívocas, para anular mi natural perspicacia, para convencerme, por medio de un proceso intelectual, de que era falso aquello que advertían confusamente mis nervios y mi piel! Por primera vez en mi vida desoí el grito de mi instinto. Y, sacrificado por mi prurito razonador, sucumbí.

Una tarde volví a casa cuando no se me esperaba. Pregunté a la doncella y me dijo que la señora estaba en compañía de Javier. No me extrañó, porque casi todas las tardes iba a visitarnos. Llegué al salón y lo estaban allí; entré en el «fumoír», nadie; pasé al comedor, tampoco.

Iba a llamar a la doncella para preguntar dónde estaba mi mujer y mi amigo, pero sin salir

por qué, no me atreví. Me fui entonces con sigilo hacia las habitaciones de Elisa.

A la puerta de su gabinete me detuve un momento. Llegaba hasta mí el rumor suave de una charla de confesionario. Silenciosamente abrí la puerta y entré. Elisa y Javier se quedaron mirándome atónitos, creo que sin darse cuenta exacta de la situación. Ni siquiera se movieron. El, cómicamente transfigurado, yacía a sus plantas besándole fervorosamente las manos que Elisa le abandonaba con un ademán piadoso.

Reaccioné antes que ellos y me sentí tan de raíz sublevado que ni siquiera me atreví a hablar por miedo a una explosión demasiado violenta de mi cólera. Di unos pasos sonriendo ferozmente y me dirigí al balcón. Lo abrí de par en par, miré a la calle, entonces solitaria, y me volví hacia ellos en silencio. El tipo aquel, desconcertado por mi inusitada actitud, se había encogido y seguía mis movimientos con las pupilas dilatadas por el espanto, mientras seguía replegándose instintivamente hasta quedar hecho un ovillo junto al suelo. Le miré con más lástima que otra cosa. ¡Aquello era un hombre! ¡El hombre con quien mi mujer me había engañado!

Alargué la diestra y le cogí por la nuca alzándole del suelo como quien levanta un guñapo. No movió pie ni mano. Paralizado por el miedo se dejó levantar en vilo como si fuese un gatito. Ya en el aire le agité un débil estremecimiento. Le arrastré hacia el balcón suspendido por el cuello, le saqué por fuera de la barandilla y un momento lo tuve así balanceándose en el espacio y agitando las piernas cómicamente. Le miré a la cara y vi en sus ojos tanto terror que me dió lástima. Pero no la merecía. Miré hacia la calle; estábamos sólo a una altura de cinco o seis metros. Aflojé la garra y el tipo aquel dió una zapateta genial y fué a chocar contra el asfalto, dando un golpe triste. Unos segundos permaneció hecho un revoltijo de trapos en medio de la acera; luego vi cómo aquello tomaba penosamente la forma humana otra vez y como tras una pausa en la que se le advertía reuniendo todas las energías que le quedaban se alzaba al fin del suelo, se limpiaba la sangre que le chorreaba por la cara y las manos y angustiosamente, como si fuera a desplomarse para siempre a cada paso, intentaba irse renquenado, apoyándose contra las paredes, cayendo y levantándose, desangrándose poco a poco. Iba tan desguazado, que tuve la impresión de que al doblar la esquina debió caer muerto.

No fué así. Aquella noche leí en los periódicos que en la Casa de Socorro del distrito le habían asistido de varias fracturas en los brazos y las piernas que se produjeron al caerse casualmente desde un primer piso a la calle. Esto dijo al Juzgado de guardia cuando le interrogaron.

Ya no volví a verle ni a saber más de él.

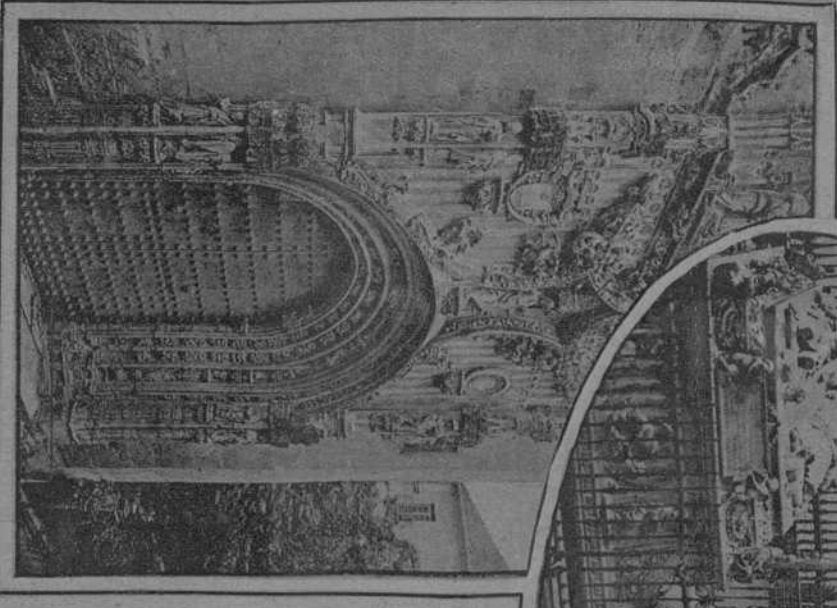
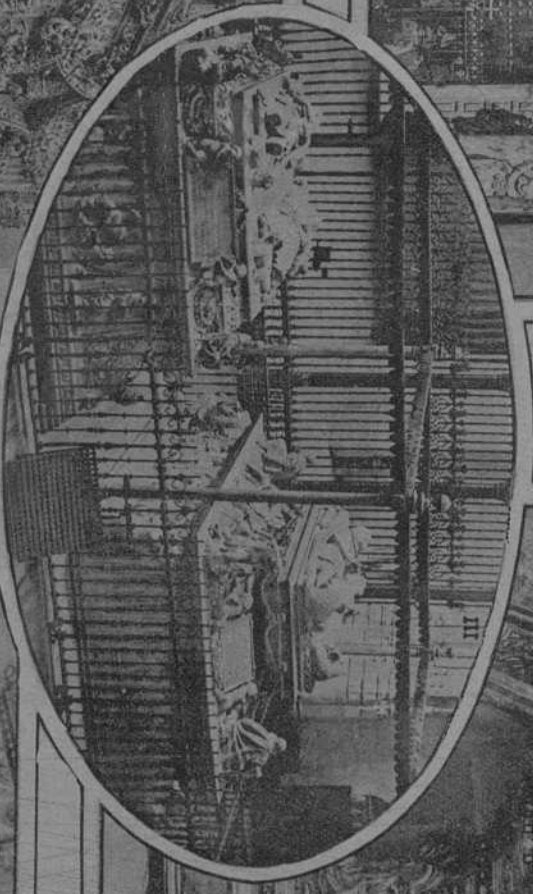
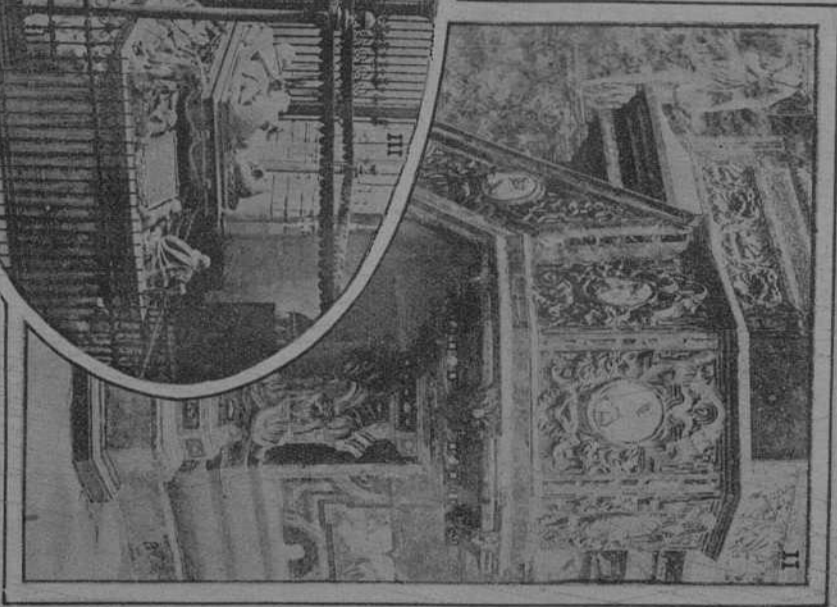
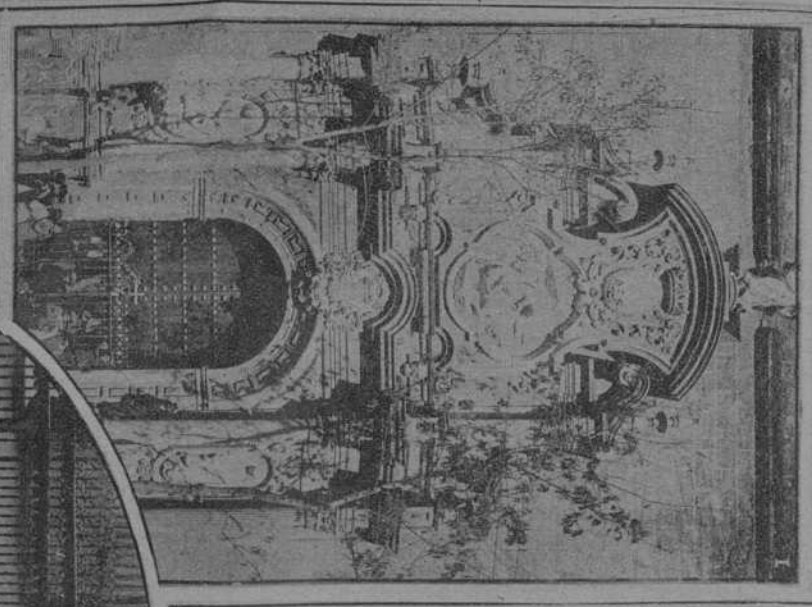
¿Estaba equivocado aquel hombre o realmente mi mujer era su Adelina? Aunque me costó tan cara esta curiosidad, no he llegado a saberlo de una manera cierta. Me inclino a creer que aquel tipo no había visto jamás a mi mujer, a la que seguramente confundió con su antigua amiga.

Fué mi estúpida desconfianza la que les llevó a entenderse primero y amarse después. Para él, este amor debió ser cosa naturalísima; amaba a la otra, ¿por qué no iba a amar también a ésta que tanto se le parecía? Ella debió ir empujada por desdén hacia mí, que la había ofendido con mi desconfianza, y más que nada, por piedad.

Lo que más me duele es que todo esto no son más que conjeturas.

Todavía.

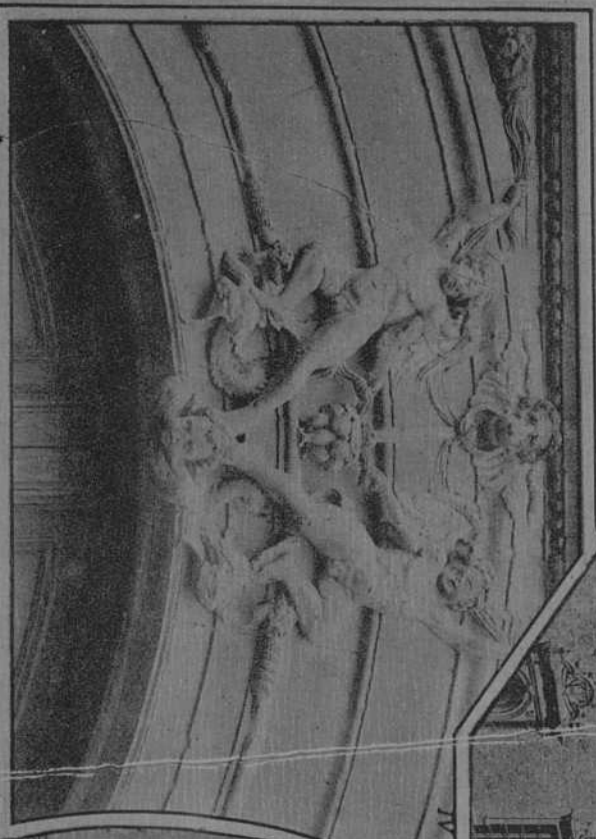
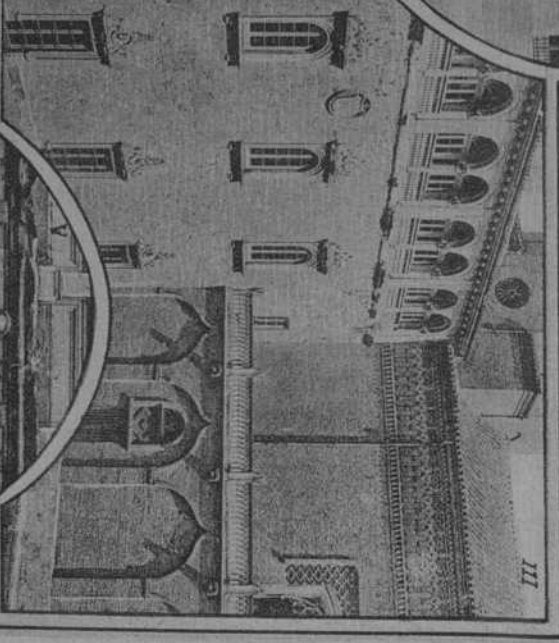
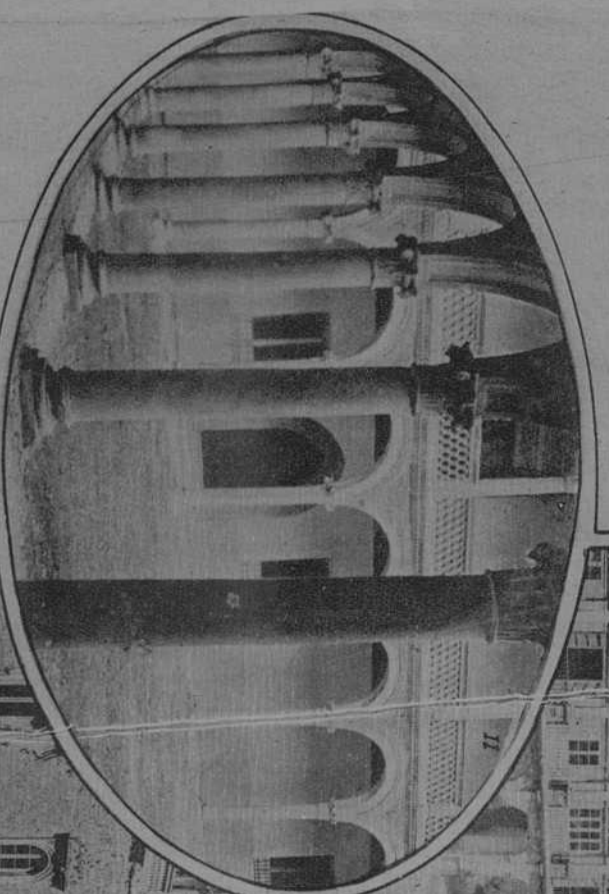
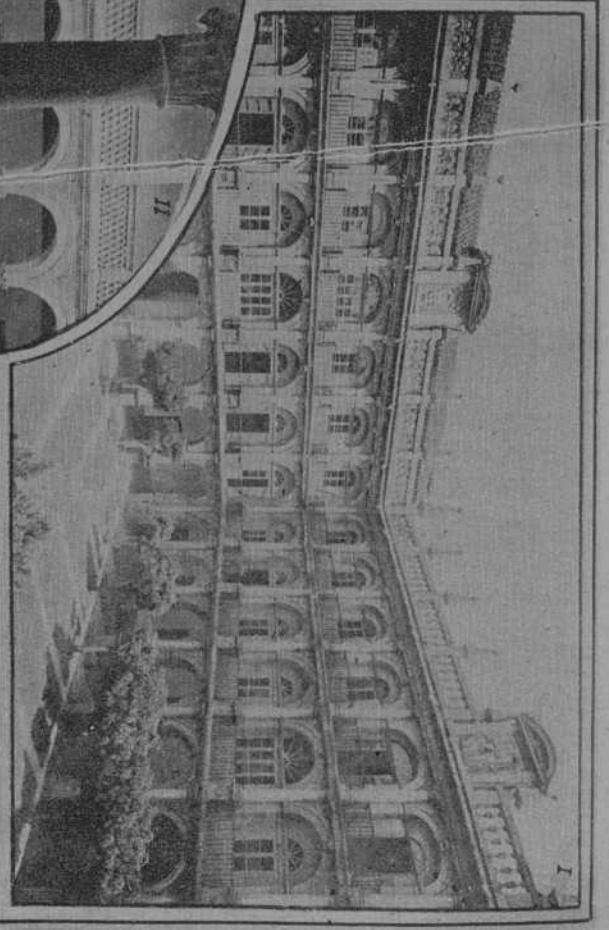
Granada, la bella... Jurto a las gloriosas reliquias del arte moro, la ciudad de Boabdil, guarda algunos ejemplares de arquitectura cristiana.



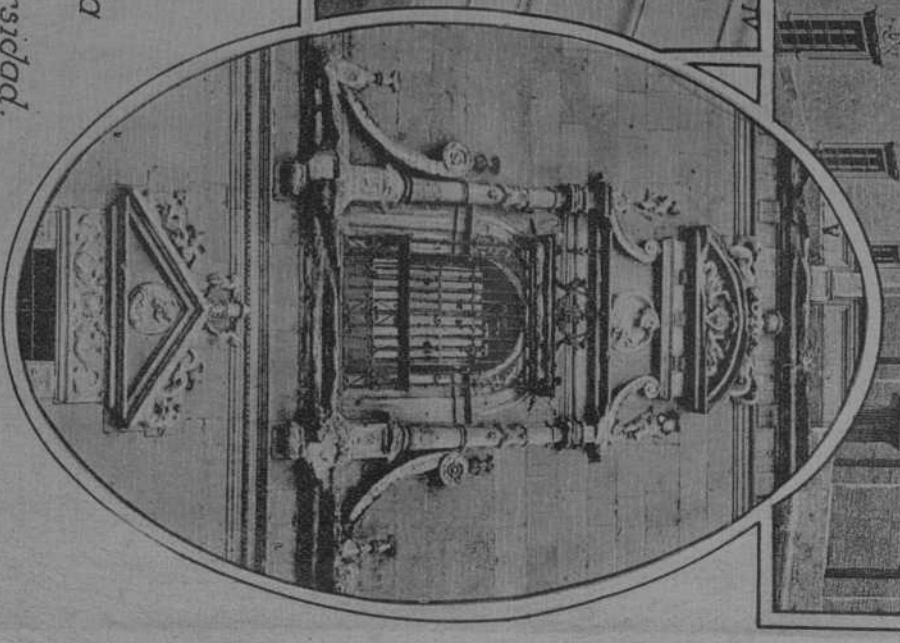
- I. Puertalada de la Colegiata.
- II. Pulpito en la iglesia de San Francisco
- III. El sepulcro de los Reyes Catolicos en la Catedral granadina.
- IV. Puerta de la Catedral llamada del Sagrario
- V. Retablo del altar de la Capilla Real.

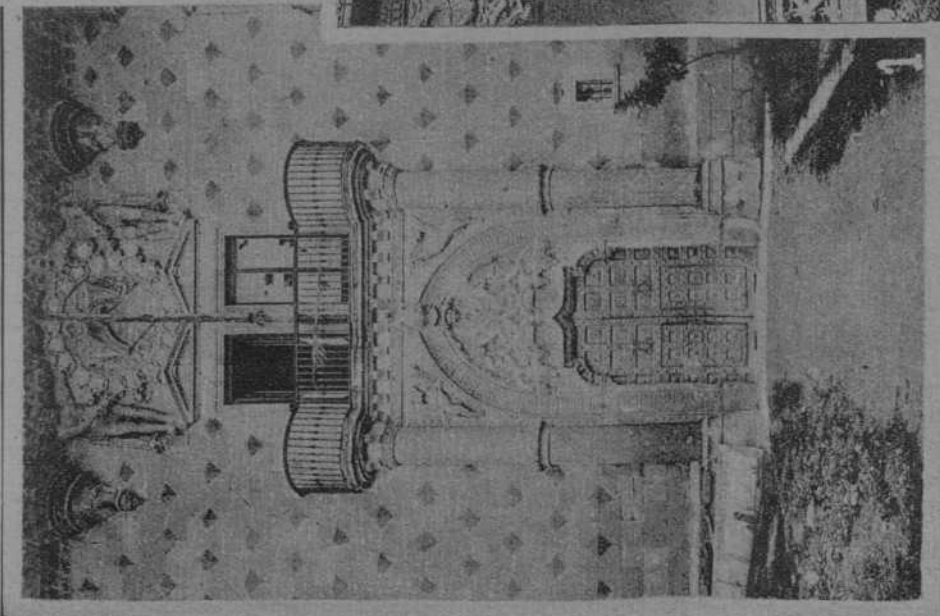


Alcaldia de Henerares, la antigua sede de la Universidad complutense fundada por el Cardenal Cisneros, contiene bellos testimonios de su grandeza pasada.

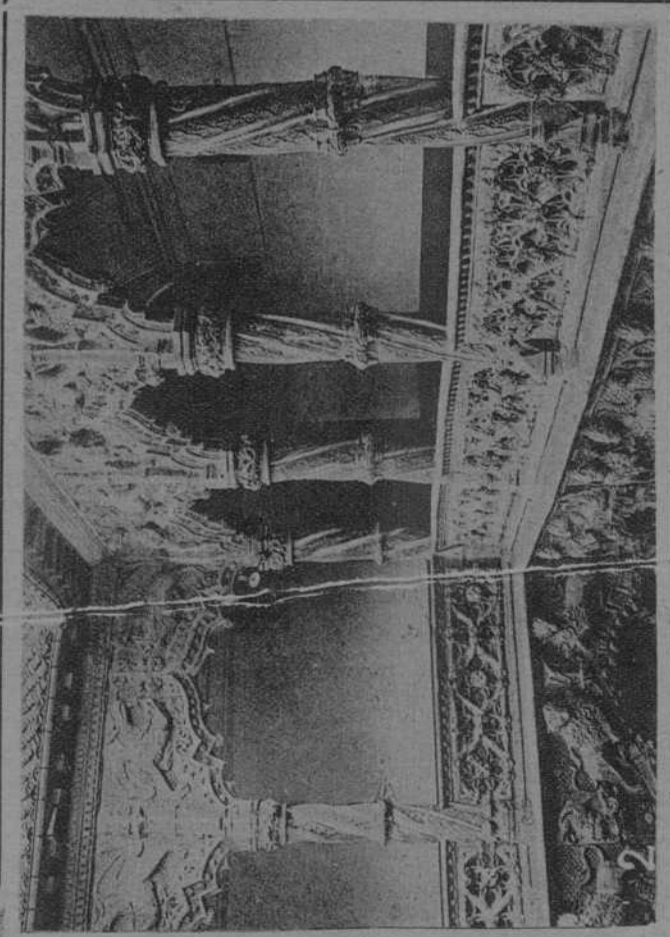


- I. Patio central de la Universidad.
- II. Patio del Archivo.
- III. Fachada principal del Archivo.
- IV. Escultura que decora la puerta de la Universidad.
- V. Un balcón en la fachada de la Universidad.

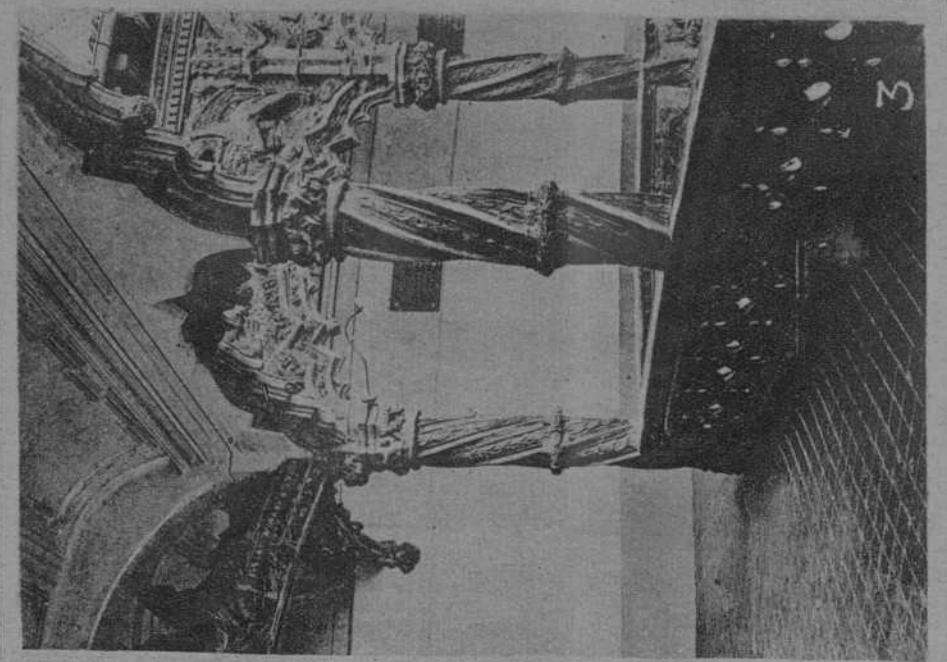




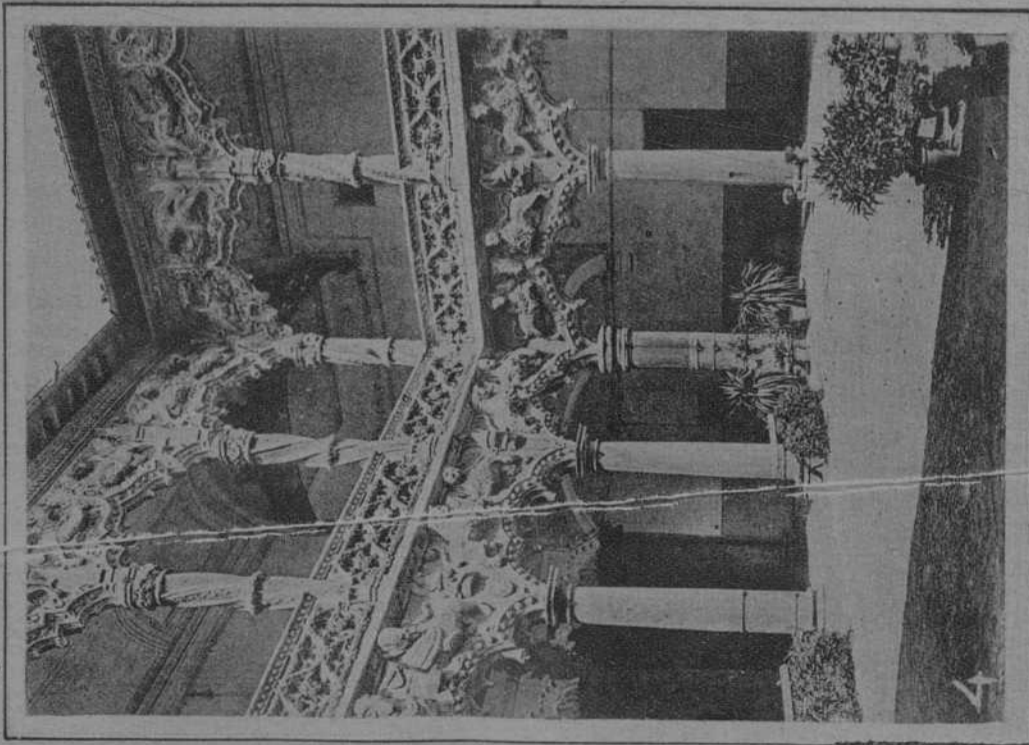
QUIEN DESEE CONOCER UNA ARQUITECTURA RICA, SOBRECARGADA Y MINUCIOSA, DEBE VISITAR EL PALACIO DEL INFANTADO, DE GUALAJARA.



1. Puerta del Palacio.
2. Angulo de la galería superior.

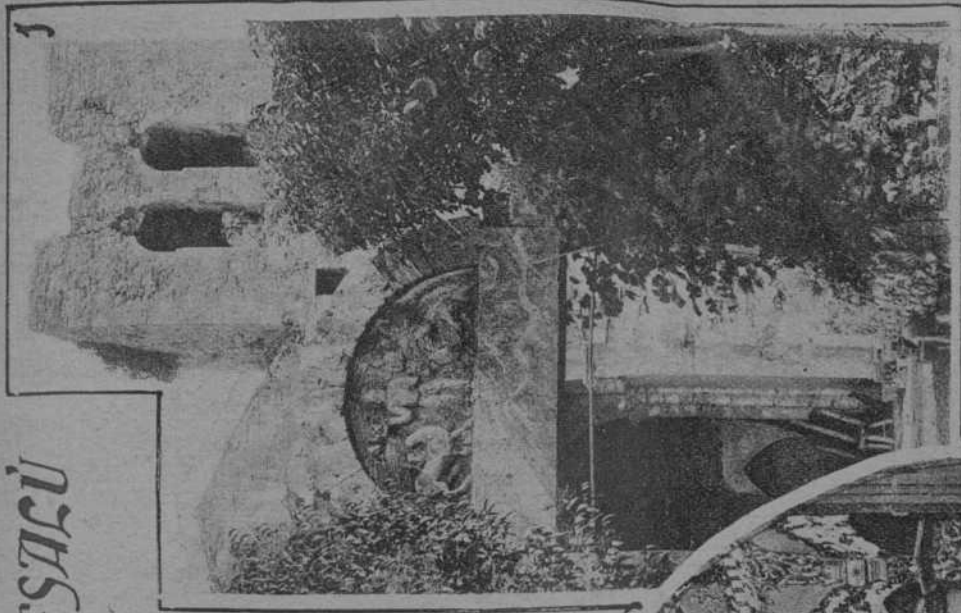


3. Otro detalle de la propia galería
4. El patio de honor.

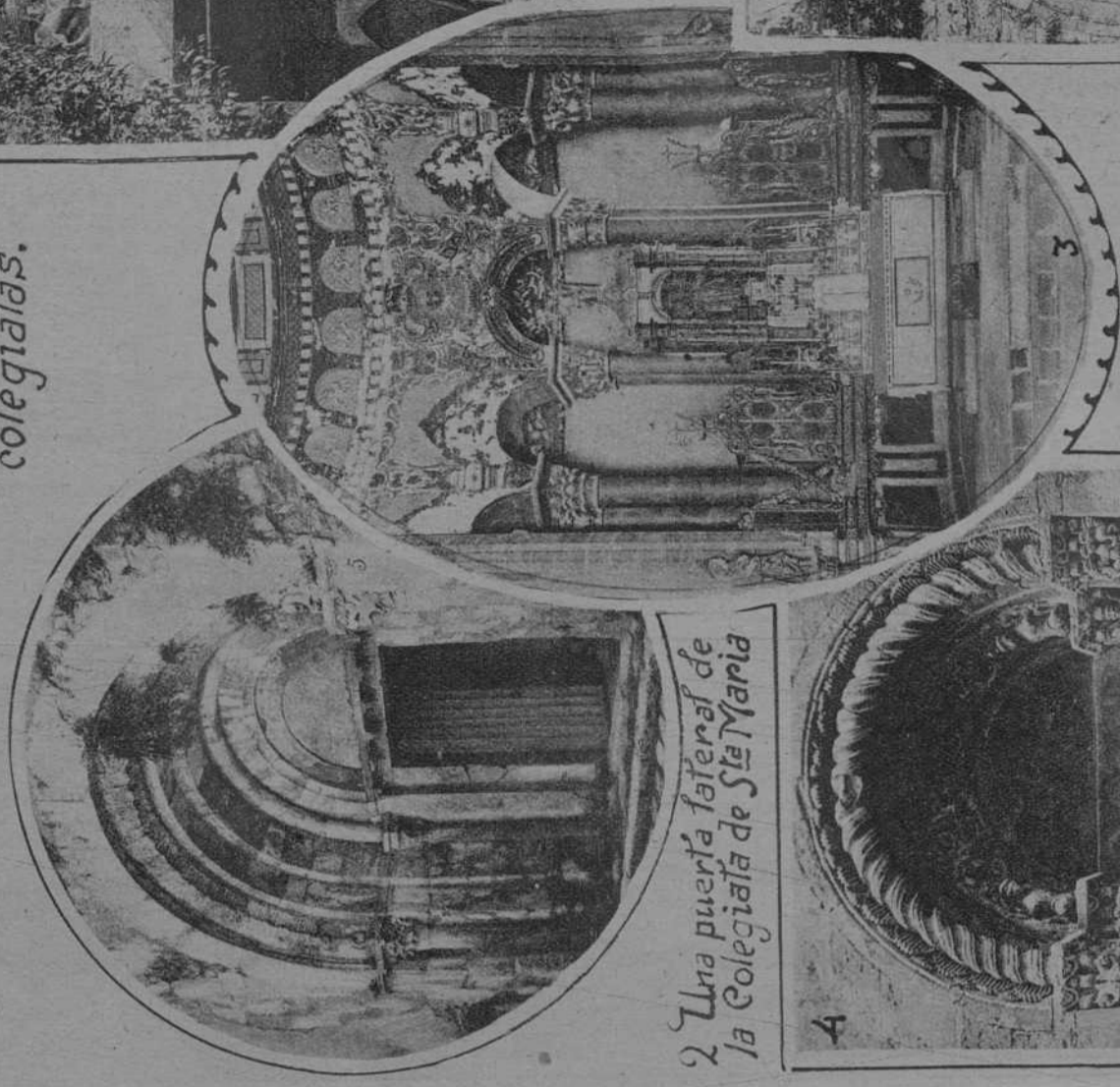


LAS PUERTAS ROMANICAS DE BESACU

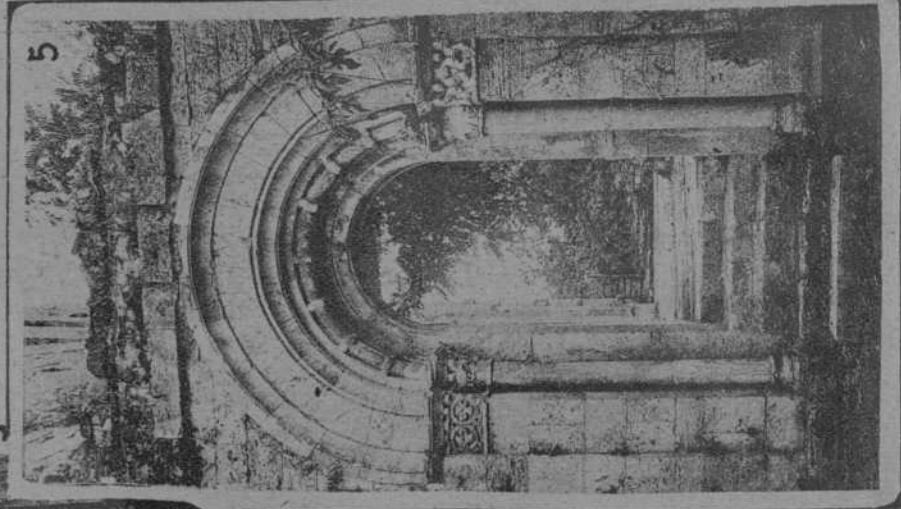
Esta villa catalana fué en la Edad Media un centro de cultura religiosa. Hoy quedan ruinas que nos hablan de sus cenobios y de sus colegias.



1. Tympano de la puerta principal del monasterio de Santa Maria



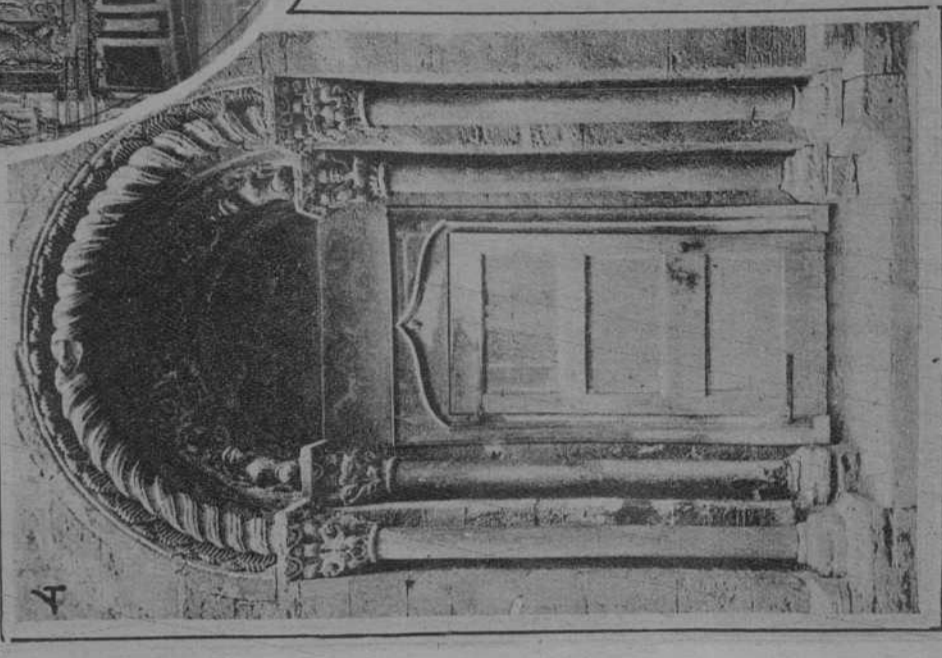
2. Una puerta lateral de la Colegiata de Sta Maria



3. Interior, restau-
rado del monasterio
de San Pedro

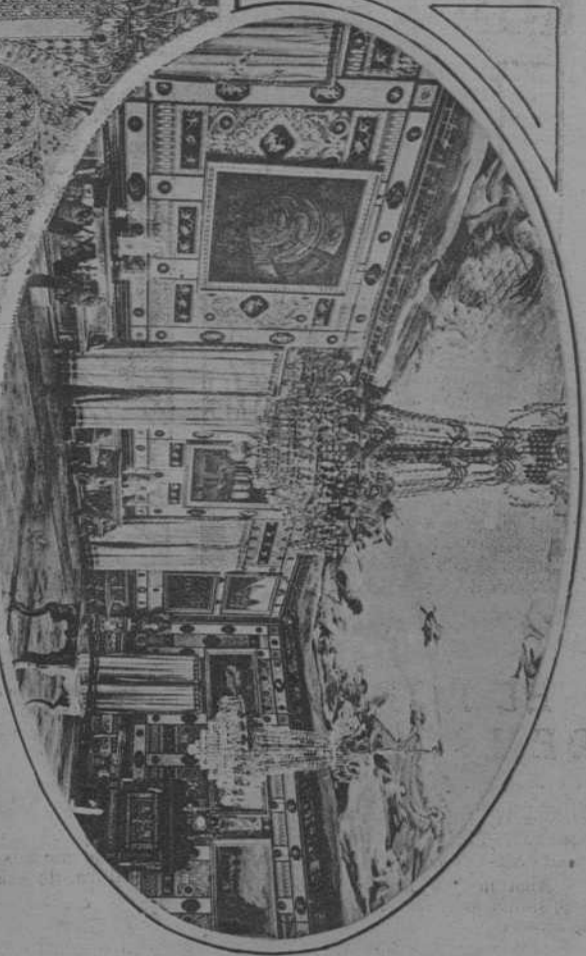
4. Puerta acceso-
ria de San Vicen-
te.

5. Puerta del Hos-
pital de San Ju-
lian.

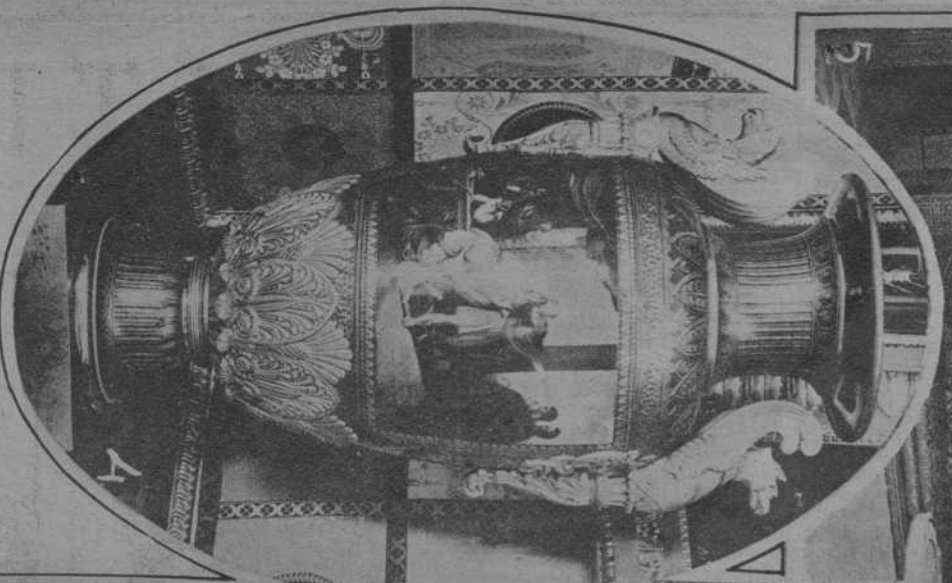
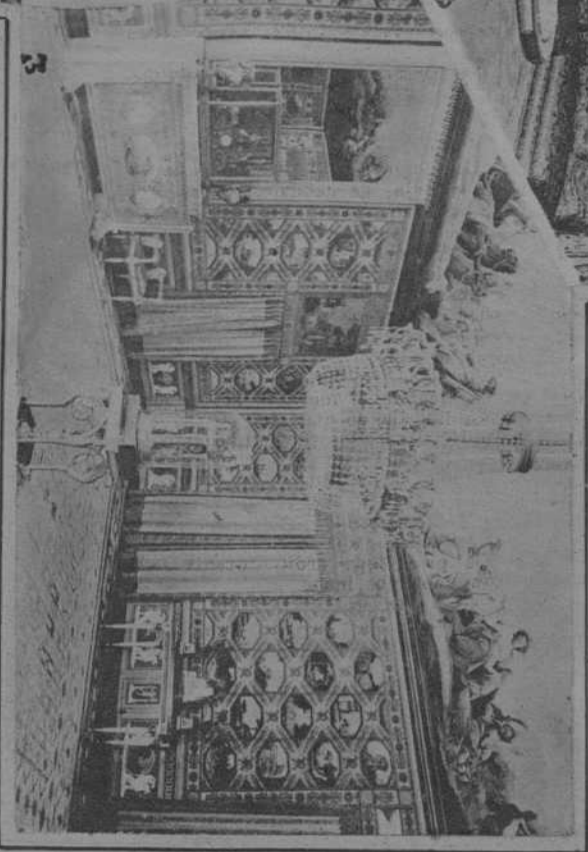


ARANJUEZ

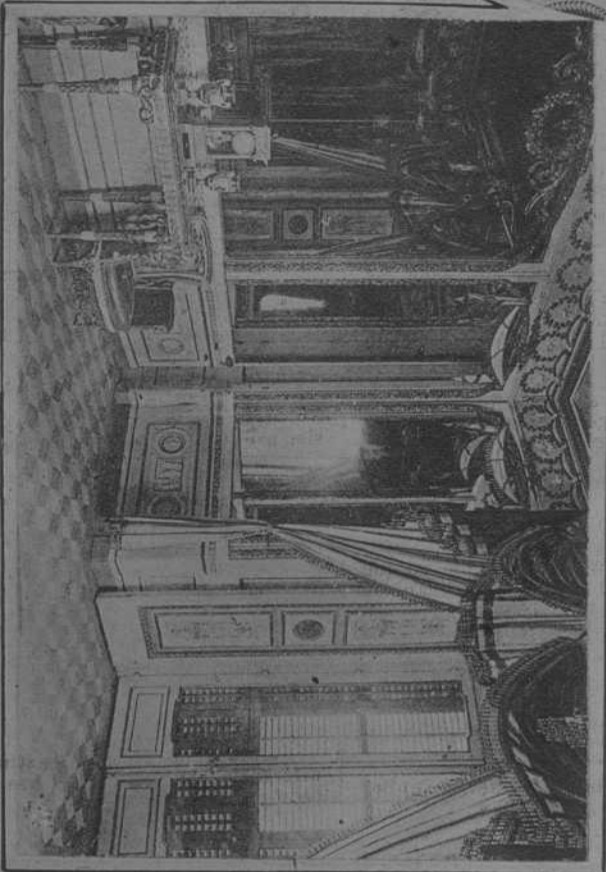
Un palacio y unos jardines nacidos en el primer momento para consolar a los primeros Borbones de la añoranza de Versalles



1 Un rincón de la Sala de los espejos.
2 Salón de baile en la casa del labrador.

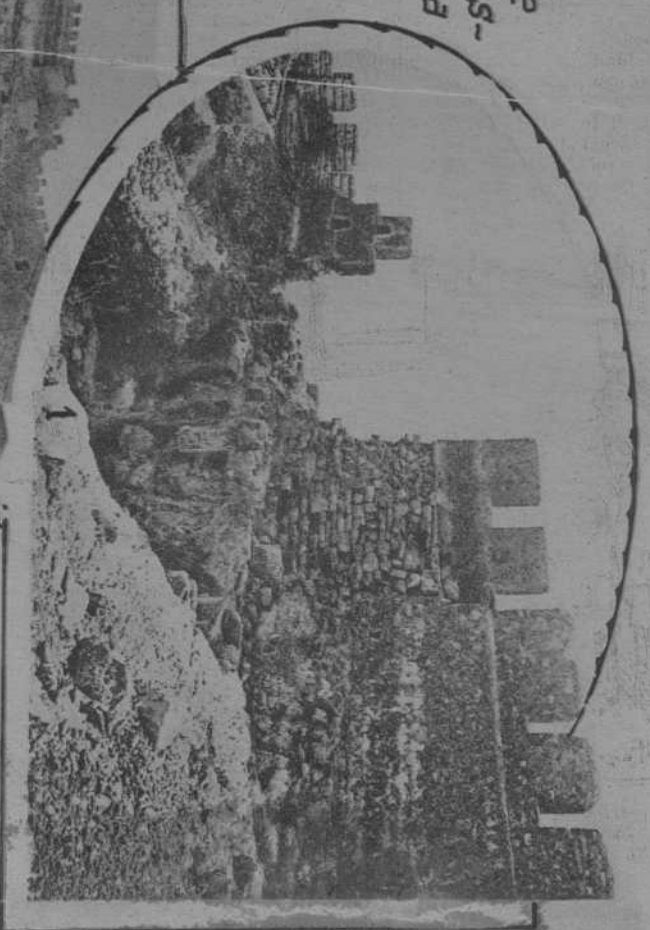


3 Salón de la Reina María Luisa.
4 Jarrón que decora un ángulo del Salón de baile.
5 Sala árabe.

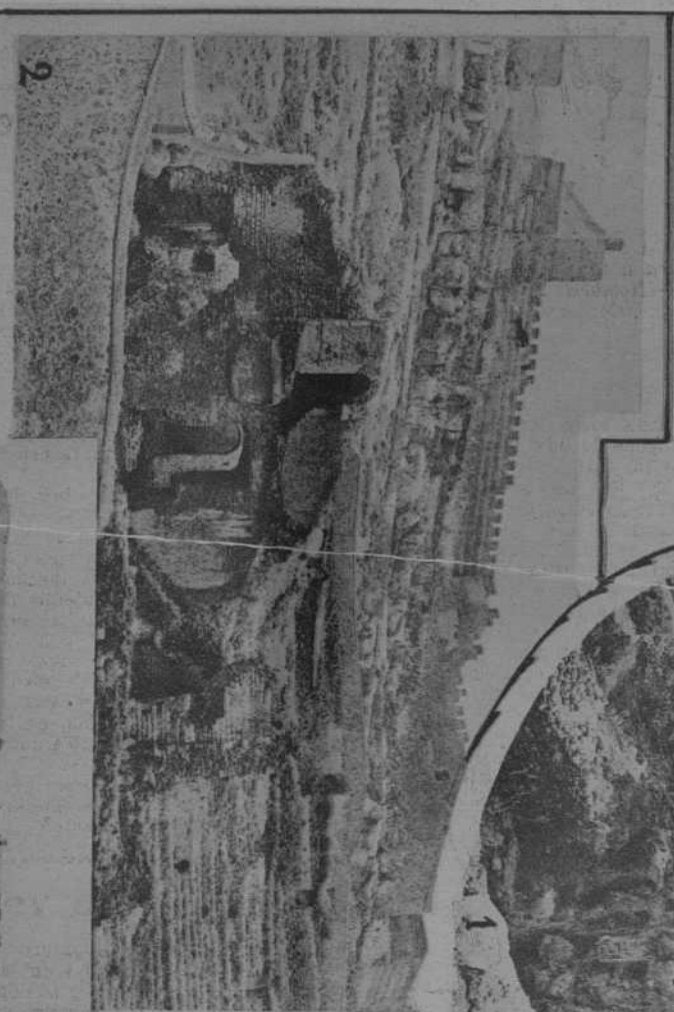


Sagunto

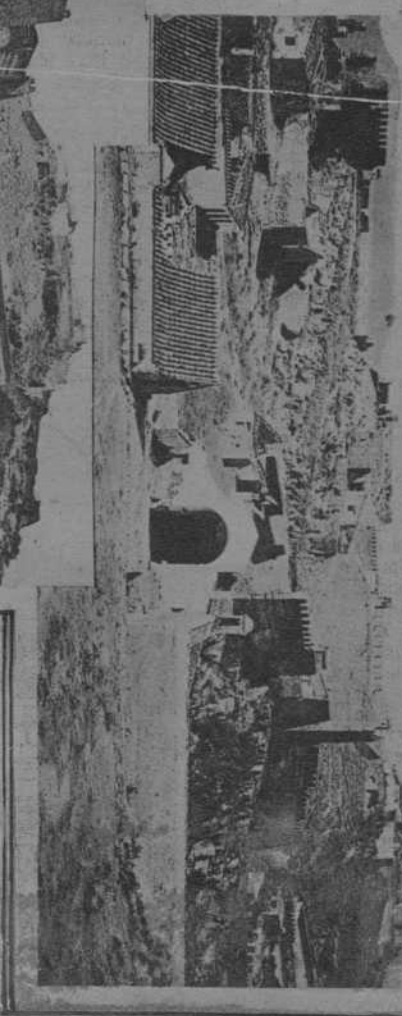
Palabra imprescindible en todo elogio del heroísmo, corresponde hoy día a un montón de ruinas casi informes.



1 Un lienzo de la muralla



2 Restos del teatro romano.



3 Vista general del Castillo



4 Otro aspecto del teatro romano

